



GOLNAZ HASHEMZADEH BONDE

Lo que fuimos

Una novela sobre el amor, la culpa
y el anhelo de un futuro mejor.

NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA



LO QUE FUIMOS

GOLNAZ HASHEMZADEH BONDE

Barcelona, 2017

Título de la edición original: Det var vi

Edición en formato digital: agosto de 2018

© 2017, Golnaz Hashemzadeh Bonde

© 2018, de la traducción: Montserrat Triviño González

Imagen de la cubierta: © Ana Iglesias, *Tu piel*

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán.
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore.,
2012

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17128-80-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

Para Noor Koriander

«Mi madre dijo: si pudieras considerar como atenuantes las circunstancias, me dejarías marchar más fácilmente».

Athena Farrokhzad, Vitsvit

Siempre he llevado mi muerte a cuestas. Puede que sea un comentario muy trillado, una observación propia de los moribundos. Pero yo soy distinta a los demás, en eso y en todas las otras cosas; o, por lo menos, me gusta pensarlo. Y lo pienso, sinceramente. Lo dije cuando murió Masood. El tiempo que vivíamos era prestado. Se suponía que no teníamos que estar vivos. Tendríamos que haber muerto en la revolución. O en el periodo que siguió. En la guerra. Pero a mí se me concedieron otros treinta años. Más de la mitad de mi vida. Es un tiempo bastante largo, algo por lo que debo estar agradecida. Tan largo como la vida de mi hija. Sí, es una forma de verlo. Pude crearla a ella. Pero no me necesitaba durante tanto tiempo. Nadie me necesitaba, en realidad. El hecho de tener hijos hace que nos creamos necesitados, pero no es cierto. Todo el mundo encuentra la forma de apañárselas. ¿Quién dice que yo valgo más que los problemas que he causado? No lo creo. No soy la clase de persona que da más de lo que coge. Debería serlo, porque al fin y al cabo soy madre. Mi trabajo es cargar con el peso, cargarlo en nombre de los demás. Pero nunca lo he hecho, por nadie.

—Le quedan como mucho seis meses de vida —me dice la bruja asquerosa.

Lo dice como si me estuviera comunicando una noticia banal, pero triste. Con el mismo tono de voz que usaba la educadora de la guardería para decirme que tal o cual niño había pegado a Aram. Un poco triste, un poco culpable. Y la bruja ni siquiera me mira mientras lo dice, se limita a contemplar la pantalla de su ordenador. Como si ahí estuviera la verdad, como si fuera la pantalla la que recibe el daño. Luego le empiezan a rodar lágrimas por las mejillas y baja la mirada hacia el regazo. Ahora la víctima es ella y necesita consuelo.

«¡Cállese!», quiero gritarle. ¿Quién es usted para decirme que me voy a morir? ¿Quién es para llorar, como si mi vida tuviera algo que ver con usted? Pero no grito. Esta vez no, lo cual me sorprende hasta a mí.

—Quiero hablar con su supervisora —le digo.

Se queda perpleja. Probablemente piense que mi reacción no es la habitual. Que yo también debería estar llorando.

—Ya sé que oír esto es... duro. Pero da igual con quién hable usted —dice—. El TAC, los resultados de las pruebas. Son irrefutables. Tiene usted cáncer. Y está..., está bastante avanzado.

Guarda silencio y me mira. Esperando que algo en mi rostro confirme que la he entendido. Pero no ve nada, y sigue hablando.

—Es un cáncer en estadio cuatro. Lo que significa que no le queda a usted mucho tiempo.

—¡Cállese! —le digo, ahora sí—. Soy enfermera, llevo veinticinco años trabajando en la asistencia sanitaria y sé que no le está permitido decirme algo así. Usted no tiene

ni idea del tiempo de vida que me queda. ¡Usted no es Dios!

Se reclina en su silla, molesta. Debe de tener treinta y pocos años, y lleva el pelo recogido en dos coletas altas, de niña pequeña. Tiene la foto de un bebé sobre el escritorio. Muevo la cabeza de un lado a otro. No tiene ni idea de lo que sabe o no sabe.

Seguimos sentadas en silencio, hasta que ella se seca las lágrimas con la manga y se va. Sigo inmóvil durante un instante, luego cojo mi bolso y busco el teléfono. Tendría que llamar a alguien. Tendría que llamar a mi hija: «Hola, nena. Ahora tu madre también se va a morir».

Mierda. Intento escribirle un mensaje de texto a Zahra, pero luego lo borro. ¿Qué voy a decirle? «Hola, amiga, tanto luchar y ahora se acabó». No puedo.

Oigo dos voces que se acercan, las de la doctora y su supervisora. Se detienen frente a la puerta. Susurran. Es evidente que en este hospital general no se enfrentan demasiado a menudo a la muerte. Están discutiendo sobre quién debería entrar a hablar conmigo. Lo entiendo. Tienen que seguir con su rutina, atender al próximo paciente, para que no se les acumule el trabajo. Lo último que les apetece es aguantar los insultos de una moribunda. Considero mis opciones. Tendría que levantarme y salir de aquí. Ahorrarles el mal trago. Ahorrármelo a mí. Cojo mi abrigo. Es rojo. Cojo mi bolso. También es rojo. Me miro las botas. Rojas. Todas las trivialidades que me importan o, mejor dicho, importaban. Me empiezan a temblar las manos y luego los hombros. Dejo caer el bolso al suelo, mientras intento contener el llanto que me sube por dentro. Y justo en ese momento abren la puerta. Entran, me miran. Me doy cuenta de lo mucho que les gustaría dar media vuelta y marcharse. No quiero asustarlas. Intento sonreír. Y entonces me invade. Lo que ellas no saben, lo que nadie en este puto país sabe, aunque sepan tantas otras cosas. Sobre dolor, pérdida y lucha. Empiezo a llorar. Lloro y lloro. Ella también llora, la pri-

mera doctora. Pobrecilla, se cree que tiene motivos para llorar.

Pese a todo, se disculpa. La doctora de más edad. Dice que no tienen ni idea del tiempo que me queda. Podrían ser unas cuantas semanas o unos cuantos años.

—Pero morirá de este cáncer —me dice—. Es mejor afrontarlo abiertamente, hablarlo con sus seres queridos. Sus hijos, sobre todo...

«Dígaselo usted a mi hija», pienso. Pero al parecer no lo he dicho en voz alta, porque ella sigue hablando.

—No será fácil, desde luego. Contar la verdad a los propios hijos puede resultar muy difícil. Pero se merecen saberlo. Tienen que prepararse.

La miro con gesto interrogante. Ella no entiende qué es lo que me estoy preguntando, pero supongo que sabe que no puedo mirarla de ninguna otra forma.

—Masood acaba de morir..., su padre. Ha muerto hace muy poco —digo. La doctora asiente—. Murió de repente. ¿Cree que eso es mejor? Para Aram, quiero decir, mi hija. Mejor que tener que vivir con esta muerte, esperarla. ¿No sería mejor que me muriera un día de repente?

—No lo sé —dice. Como si yo estuviera esperando una respuesta de verdad—. Pero necesitará a su hija. Esto no será fácil.

Me ofrece un folleto. Cómo prepararse para la muerte o algo así. Le digo que no con la cabeza.

—¡No me voy a morir! ¡Voy a luchar! ¡Quiero empezar el tratamiento ahora mismo!

La doctora vacila.

—Sí, la vamos a derivar a un oncólogo. Pero tendrá que esperar un poco antes de que la visiten. Las vacaciones de Semana Santa son dentro de poco. Puede que tarde un poco en empezar el tratamiento, Nahid.

Me inclino hacia delante en mi silla.

—Pero me acaba de decir que me voy a morir. Me moriré si no hacemos nada. ¡Esto es una emergencia!

La doctora niega con la cabeza.

—El cáncer no es una emergencia. Unas pocas semanas no cambian nada, Nahid.

—¿Qué quiere usted decir? Si no es una emergencia, ¿qué es?

—Bueno, el cáncer se considera una enfermedad crónica.

Arqueo las cejas.

—¿Crónica? ¿Cómo va a ser crónica si me voy a morir pronto?

—Lo siento.

Se apoya en el marco de la puerta. Ni siquiera ha entrado en la consulta. Se ha quedado allí, en la otra punta. Como si fuera contagioso. El cáncer. La muerte.

—Lo siento.

Me pongo en pie.

—No se disculpe. Aún no estoy muerta.

Saco la barra de carmín y me pinto los labios. Le demuestro que soy fuerte. Luego me voy. Paso junto a ella. Me llaman, pero yo sigo caminando. Más y más rápido, para no dar media vuelta, para no arrojarme entre sus brazos y suplicarle consuelo. Para no suplicarle promesas sinceras y aliento.

Solo cuando llego a casa veo que tengo las mejillas manchadas de rímel. Que el carmín se me ha corrido en las comisuras de la boca. Estoy espantosa, como si la bruja fuera yo. Un espantapájaros. Un maniquí. Una muerta. Alguien que no tiene ni idea de lo que significa estar vivo.

Me quedan seis meses de vida. O unas cuantas semanas. O unos cuantos años. Me siento en el sofá sin lavarme la cara. Me quedo allí sentada, con las manos sobre el regazo, preguntándome qué hacer ahora. ¿Qué hace una persona cuando le dicen que se está muriendo?

Hay cestos llenos de papeles sobre la alfombra. Llevan meses ahí, puede que años. Siempre he pensado que si los dejo ahí, algún día encontraré el momento de ordenarlos. De ocuparme de ellos. A lo mejor eso es lo que debería hacer ahora. Revisar mis papeles, asegurarme de que esté todo en orden. Viejas facturas de teléfono, extractos del banco, formularios de la declaración de renta... Se me ocurre entonces que tampoco había ningún motivo para esos cestos. Todo lo que contienen se puede tirar. Podría tirar todo lo que tengo.

También puede hacerlo Aram. Más tarde. Después.

Cojo un cuaderno y un bolígrafo de la mesa. Empiezo a garabatear. Me doy cuenta de que en esos cestos también están todas mis notas. A lo mejor debería tirar al menos las notas. ¿Qué pensará si las lee? Descubrirá lo sola que estaba, lo enfadada que estaba. Debería querer protegerla, pero no es así. ¡Que las lea! Que sienta mi dolor. Ya sé que está mal, que mi instinto maternal debería decirme otra cosa. Pero no es así, qué le voy a hacer.

El bolígrafo araña el papel. Quiero descubrir qué dejo atrás. Cuando me divorcié de Masood, él se lo llevó todo. Yo no me quedé nada. Desde entonces, no he hecho más que recoger. Acumular, aumentar. Aumentar mi seguridad. Mi futuro. Y ahora resulta que no hay futuro. Me echo a reír. No hay futuro. Si la gente lo supiera... Dedicamos tanto tiempo a planificar el futuro y luego resulta que ni siquiera existe. Quién iba a decirlo.

De haberlo sabido, ¿habría vivido de otra forma? ¿Habría renunciado a tanto turno seguido? ¿Habría tirado de tarjeta de crédito, habría dejado enormes deudas? No lo sé. Puede. Seguramente. O sea, ¿por qué no? ¿Qué podría habérmelo impedido?

Lo escribo todo. El apartamento en el que vivo. Las joyas de oro de mi caja de seguridad. Las puñeteras acciones de la compañía Telia que nos convencieron para que compráramos. El dinero de mi cuenta de ahorro. El dinero para emergencias que guardo en el armario. Lo anoto todo y luego lo sumo. Es mucho. ¡Mucho dinero!

Lo primero que pienso es que es demasiado dinero para alguien como yo. Pero luego me digo, no, no es verdad. Hay muchas personas que han nacido aquí, que se han criado en este país, que no tienen, no pueden ni podrían jamás acumular una cantidad así. Son demasiado cómodos, demasiado vagos. Ellos no tienen lo que tengo yo. No han dejado nada atrás.

No es que sea solo mucho dinero para alguien como yo. Es mucho dinero. Mucho dinero para Aram. Y si ella no piensa lo mismo, ¡que se lo meta donde le quepa! Una hija de la guerra. Tendría que estarme agradecida. Me estará agradecida, lo sé. El dinero le será más útil a ella que a mí. Ella tiene más oportunidades de vivir, de estar viva. Y no porque yo me esté muriendo, sino porque nunca tuve la capacidad de vivir sin más. Yo nací con la capacidad de sobrevivir. Crecí para sobrevivir. Y eso no es lo mismo que vivir. No sé si mi hija tiene la capacidad de sobrevivir. Puede que sí, al fin y al cabo prácticamente nació en un refugio antiaéreo. Pero sus amigos no la tienen. Los niños nacidos en Suecia no la tienen.

Eso me recuerda a la doctora del hospital y sus lágrimas. ¿Qué motivos tiene ella para llorar?

A mi madre la casaron cuando tenía nueve años. Me resulta difícil incluso pronunciar esas palabras. Me avergüenzan. Es como si aprobara ese matrimonio por el simple hecho de mencionarlo. Así que no lo menciono. Ella tenía nueve años y mi padre veintisiete. En aquella época, era habitual. Pero no creo que el hecho de que fuera una conducta normal cambiara algo para ella. Que cambiara lo que debió de ser para ella verse obligada a abandonar a sus padres y empezar una relación sexual con un hombre adulto al que no conocía.

No puedo enfadarme con mi padre, hizo lo que se hacía entonces. Pero pienso en aquella niña, en quién era, y esa imagen me despierta más sentimientos maternos de los que me ha despertado jamás mi propia hija. Pienso en aquella niña, en que de haber podido salvarla, me habría salvado también a mí misma. Si pudiera salvarla a ella, salvaría también a mi hija.

Mi madre tenía doce años cuando dio a luz a Maryam. El corazón se me rompe por las dos. Una niña de doce años con un bebé en los brazos. Un bebé con una niña de doce años como única tabla de salvación en este mundo. No sé qué ocurrió dentro de aquella niña, pero creo que se encerró. Creo que eso es lo único que se puede hacer. Una niña de doce años con un bebé en brazos. ¿Qué bien podíamos hacerle?

Terminó dependiendo de sus propias hijas. Cuando mi padre murió, ella solo tenía treinta y siete años y era madre de siete niñas. En la práctica, no supuso ninguna diferencia que él muriera. Llevaba enfermo mucho tiempo, puede que incluso se hubiera convertido en un hijo más para ella. No lo sé. Nunca hablaba de él. Nunca hablaba de hombres. En las fotos de nuestras bodas, siempre aparece muy erguida, como una madre orgullosa de la novia, pero nunca sonríe.

A sus ojos, los hombres y el matrimonio eran males necesarios. O puede que ni siquiera necesarios, puede que solo fueran gilipolleces inevitables.

Mi madre. Cuánto sufrió durante la revolución. Sería lógico pensar que una madre que ha parido a siete hijas podría descansar un poco tranquila. Ningún hijo que enviar a la guerra, ningún hijo cuya muerte llorar. Pero era la época equivocada, o nosotras éramos las mujeres equivocadas. Luchamos en las calles, mientras ella nos esperaba despierta por las noches. Esperando, caminando de un lado a otro, llorando.